

EPISTEMOLOGÍA

Psicoanálisis y epistemología: ¿ciencia o pseudo-ciencia?

Ramón Florenzano Urzúa¹

Introducción

Este trabajo se inserta en una serie de aproximaciones al desarrollo histórico del movimiento psicoanalítico desde la perspectiva de otras disciplinas a lo largo del siglo XX. Así, hemos escrito acerca del psicoanálisis desde la sociología, desde la filosofía, y ahora lo haremos desde la filosofía de la ciencia.

La pregunta acerca de la base científica del psicoanálisis es antigua, y ya en tiempos de Freud se discutió su base epistemológica. La controversia inicial en el plano filosófico se radicó en la aproximación analítica a la realidad, y en las posiciones no antagónicas pero si diversas de Platón y Aristóteles sobre este tema. En Platón, el tema de la *episteme*, o conocimiento es analizado en diversos momentos, pero es en el *Teeteto*, uno de sus diálogos de madurez, donde se revisa sistemáticamente el tema de la teoría del conocimiento, o nuestra actual epistemología. En ese diálogo, Platón sugiere tres aproximaciones: la de la verdad como correspondencia entre la percepción y el objeto externo (*aristesís*), la verdad como opinión verdadera (*doxa*) y la verdad como opinión acompañada de explicación (*logos*). Descarta la primera en su tesis contra los sofistas, distinguiendo las apariencias y la realidad. El subjetivismo de Protágoras es la base de todos los relativismos, antiguos y modernos: si las cosas son como a cada uno nos parecen, no tenemos certeza de cómo realmente son. Si algo para mí es verdadero y para ti falso, y te concedo que cada uno puede tener razón, en definitiva cada uno está

en su error. La segunda aproximación se basa en la autoridad de los maestros o las instituciones, y tiene el riesgo de todas las ortodoxias: volveremos sobre esta actitud de *magíster dixit* más adelante. La tercera, la idea de que existe una explicación *lógica* para acercarse a la realidad, ha sido la base de la ciencia occidental, y fue el punto desde donde tomó ese tema Aristóteles: con su teoría del silogismo, la definición de ciencia alrededor de los conceptos de causalidad y necesidad pasaron a ser los modos supremos de conocer, y no fue hasta Descartes en que no surgió una nueva preocupación, aquella por la certeza subjetiva.

Curiosamente, la modernidad rompe definitivamente con dos elementos de la visión griega: con la preponderancia de la *doxa* platónica, y con la hegemonía de la lógica matemática aristotélica. El superar a los maestros implicó la apelación a la empiria, a los hechos, más que al *magíster dixit* propio de los escolásticos: ya no vencía en las *disputatio* en términos quien citaba más y/o mejor a los clásicos, sino quien tenía las mejores evidencias para sustentar su hipótesis. Sólo las ciencias incipientes, proto-ciencias en etapa de formación, recurren a la apelación a la autoridad. En otro artículo hemos señalado cómo el psicoanálisis durante el siglo XX mantuvo una adherencia cuasi-talmúdica al citar sea a Freud, sea a algunos de los teóricos posteriores tales como Klein, Lacan o Winnicott. Los debates en círculos analíticos sólo lentamente han salido desde el *magíster dixit* hacia la búsqueda de evidencias empíricas favorables. A esta actitud de referencia permanente a autores consagrados se refieren quienes afirman que el psicoanálisis está aún en una etapa pre o protocientífica.

Otro elemento en el cual el pensamiento aristotélico puede iluminar nuestra pregunta acerca del psicoanálisis como ciencia o como movimiento, está en dos diversos planteos que hace Aristóteles con respecto al tema: en los *Segundos Analíticos* se pronuncia por la definición de ciencia como el conocimiento necesario de las causas. En la *Ética Nicomaquea*, más bien, centra el tema de la *episteme* en el conocimiento teórico o especulativo, en el logos producto del discurso racional, comparado con la *tekné* como hábito virtuoso: el quehacer del artesano (o del científico) es el producto de una praxis sistemática. Esta doble vertiente aristotélica renace en la visión del psicoanálisis como una *teoría de la mente*, como un modelo abstracto acerca de la psiquis humana, que se contrapone a la definición del psicoanálisis como una *terapia* cuyo objetivo es la curación o mejoría de los trastornos emocionales. Esta diferenciación no es menor, ya que muchas de las polémicas recientes acerca de la “esencia del psicoanálisis” se

focalizan en no distinguir estas dos definiciones diferentes. Esta diferenciación, como veremos, se corresponden con la orientación popperiana, lógica, de la kuhiana, sociológico-histórica, acerca del problema de que constituye conocimiento científico hoy en día.

El giro copernicano de la modernidad no sólo implicó un mayor énfasis en la noción de certeza subjetiva que en la clásica preocupación por la causalidad, sino que cambió la relación entre ciencia y filosofía. No sólo en Aristóteles esta última estaba en un plano superior: en la jerarquía de la *Ética*, la especulación acerca del *nous*, y la *teoría* eran ocupaciones más dignas que las de la *tekné*. Esta relación se mantuvo incluso en Kant, para quien (en la *Crítica de la Razón Pura*) la filosofía era “el tribunal de la ciencia”: una meta-ciencia. Esta es la visión clásica de la *metafísica* como más allá de la física, que se mantiene aún en Freud, quien acuña el término *metapsicología*, cuando decide abandonar el firme piso de las observaciones clínicas y postular instancias abstractas tales como el principio del placer o el principio de realidad.

Es interesante que el proyecto más ambicioso de suplantarse la filosofía clásica por una aproximación diferente realizado en todo el siglo XX coincidiera en la misma ciudad en que nació y se desarrolló el psicoanálisis. En efecto: entre 1929 y 1938 surge el Círculo de Viena, el cual se empeñó en establecer una *filosofía científica*. Los *empiristas lógicos* o *neo-positivistas* retomaron la bandera comtiana de establecer una visión científica del mundo, basada en los hallazgos y procedimientos de la ciencia experimental. Utilizando los avances de la física cuántica, y con participación de físicos teóricos tales como Mach y Planck, autores tales como Schlick, Carnap, Hahn y otros intentaron eliminar la metafísica y desarrollar una filosofía cuyo rol central era el *análisis lógico del lenguaje*. Para ello se basaron en los escritos de Ludwig Wittgenstein y en la lógica matemática de Frege y Bertrand Russell, y atacaron la metafísica tradicional como “proposiciones sin sentido”, prototipo de las pseudo-ciencias. Si bien esta aproximación fue lentamente desechada por las dificultades que encontraron en sustentar su visión fisicalista y fenomenista inicial, influyó poderosamente en los dos autores en los que se centrará el resto de este trabajo: Popper y Kuhn. Popper trabajó en Viena y publicó con los autores del Círculo, aunque nunca se consideró integrante de éste. El trabajo clásico de Kuhn fue publicado en la serie que iniciaran los primeros autores del Círculo, la “*Enciclopedia Universal de la Ciencia Unificada*”.

Otra manera de analizar la inserción del psicoanálisis dentro de la ciencia actual ha sido mirarlo desde su inserción en el debate realismo/anti-realismo. Estos términos han variado desde su acepción tradicional, que viene desde la antigüedad clásica, en términos de la dicotomía platónico-aristotélica (solo las ideas existen realmente, y la realidad es su sombra, como lo planteó Platón en la clásica metáfora de la caverna, o bien hay una realidad extra-mental, como la ha planteado la filosofía del ser desde Aristóteles a Tomás de Aquino). En la modernidad cartesiana, como ya dijimos, pasa a primar la subjetividad: la evidencia de mi existencia es mi propio pensamiento, plantean los psicologismos centrados en el sujeto. Existen la mente y sus ideas. El realismo clásicamente ha afirmado la existencia de la realidad extra-mental, y el idealismo ha garantizado un status ontológico a la mente y sus ideas. Quien afirma que hay cosas externas es realista; si dice que solo existen la mente y sus ideas, es idealista.

El debate realismo-antirrealismo en el siglo XX sin embargo se transforma en un tema diferente, centrado en la teoría del significado. La pregunta clásica se transforma en otra acerca de la semántica de un tipo de discurso: ¿qué es lo que significa ser verdaderas para las proposiciones de la clase dada, cuando estas son verdaderas o falsas? El realista es una persona que frente a cierta proposición afirmará su verdad o falsedad con total independencia de lo que el sujeto pueda o no conocer. Para el realista las cosas tienen una existencia garantizada. El anti-realismo científico o empirismo constructivo sostiene que las entidades teóricas deben ser manejadas como simples construcciones que permiten manejar con más facilidad los datos empíricos. El realista científico sostiene que –por lo general- las proposiciones científicas deben considerarse verdaderas, y los términos de estas proposiciones como poseedores de referencia. La típica estrategia argumentativa del anti-realista tiene dos vertientes: (1) la **meta-inducción pesimista**, que señala que la mayoría de las teorías conocidas en diversas disciplinas se han demostrado falsas con el correr del tiempo. Esto implica que las teorías hoy aceptadas como verdaderas serán descartadas en el futuro. Como nos hemos equivocado en el pasado, podemos inducir que nos equivocaremos en el futuro. (2) la **sub-determinación** de la teoría por la evidencia, que señala que no importa lo precisa, elegante o simple que sea una hipótesis, siempre será posible formular otra alternativa que de cuenta de los mismos fenómenos observados: siempre es posible formular nuevas teorías que sirvan para explicar diversos fenómenos.

En el pensamiento freudiano, ambos términos del debate son pertinentes. En el debate clásico, tema que hemos tratado en otro trabajo (Florenzano, 1998), Freud se declaró expresamente kantiano, en el sentido de idealista trascendental. En el debate actual, afirmamos que el psicoanálisis ha evolucionado también en un sentido anti-realista, al plantear construir diversas teorías acerca de la subjetividad que, sin haber sido declaradas expresamente falsas, han sido re-emplazadas por otras que complementan o sustituyen las anteriores. El paradigma freudiano clásico, fue modificado en el nivel teórico por Melanie Klein, quien sin embargo se mantuvo utilizando la técnica psicoanalítica clásica (Lander, 2000). Luego Lacan modificó tanto el paradigma teórico como la técnica, pero siguió auto-denominándose psicoanalista, práctica que han mantenido sus seguidores. Volveremos sobre esto más adelante. En todo caso, la meta-inducción pesimista de los anti-realistas parece haberse producido en la evolución de las ideas psicoanalíticas. La subdeterminación de las teorías asimismo aparece en el hecho de que los mismos hechos clínicos pueden ser explicados por diversas formulaciones teóricas de modo igualmente satisfactorio. Lo anterior se puede graficar con el ejemplo de cómo el mismo sueño recibe diversas explicaciones desde un vértice freudiano clásico, junguiano o lacaniano (Roudinesco, 1994).

Popper y el Psicoanálisis como seudociencia

La relación entre ciencia y psicoanálisis entra en el debate contemporáneo abiertamente cuando uno de los más grandes filósofos del siglo XX, Karl Popper, plantea a través de numerosos escritos que el psicoanálisis es uno de los prototipos de una *seudo-ciencia*. Y esto lo dice no en forma polémica o peyorativa, sino como una afirmación técnica. Por ello, nos detendremos con alguna calma en sus puntos de vista al respecto, situándonos en primer lugar en el personaje y su época. Tal como Freud y los autores del Círculo de Viena, Karl Raimund Popper comenzó su desarrollo intelectual en esa ciudad. Nacido allí en 1902, desde temprano sus inquietudes filosóficas y sociales lo llevaron primero a hacerse socialista marxista en 1918 y militar en el partido comunista en la primavera del 19: luego de desilusionarse de la praxis política, cuando se percató del carácter dogmático del marxismo, trabajó en una clínica psicoterapéutica en Viena, donde conoció los puntos de vista de Freud y Adler. Finalmente, conoció las teorías de Einstein, entonces novedosas, y admiró la determinación de este último autor cuando afirmaba que sus teorías debían ser abandonadas si aparecían otras mejores. Resume el

mismo Popper así su experiencia: “*lo que más me impresionó fue la clara afirmación del propio Einstein de que consideraría su teoría como insostenible si no resistía ciertos tests*” (Popper, 1977). Popper calificó como dogmática la actitud de Marx, Freud, Adler y sus seguidores, en el entendido de que se trata de posturas que buscan llegar a verdades definitivas; cuando esta postura se aplica a la ciencia, daría lugar a una *seudo-ciencia*, que pretendería aprovecharse del prestigio de la ciencia sin compartir sus riesgos. El esquema básico que Popper identificó en Einstein y propuso como teoría del conocimiento, es que todo conocimiento, sea ordinario como científico, avanza según el mismo esquema básico: ante una situación determinada (problema) se propone una teoría (conjetura) que se somete a contrastación con la experiencia.

Posteriormente, Popper trabajó dentro del grupo del Círculo de Viena, sin compartir su posición central antimetafísica. En su obra inicial, que lo consagró como filósofo de la ciencia, *Logik der Forschung* (Popper, 1964), criticó el criterio empirista de significado propuesto por los neopositivistas, advirtiendo que, según tal criterio ni siquiera la ciencia tendría significado. Como alternativa, proponía su *criterio de demarcación* para separar la ciencia empírica de la metafísica. A diferencia de los positivistas, desde su posición inicial Popper afirmó que la metafísica consiste de enunciados que pueden tener sentido, pero que no pueden someterse a pruebas experimentales. En *Logik der Forschung* agregó que la ciencia debía parte de su progreso a ideas metafísicas, y que la investigación experimental sería imposible sin una fe en ideas metafísicas tales como el realismo. La diferencia con las ciencias empíricas es que en las últimas predomina la *contrastabilidad empírica de sus afirmaciones*: la posibilidad de confrontarlas con la experiencia. La demarcación popperiana llega a la conclusión de que *todo conocimiento es conjetural*, y que “*hay que abandonar la búsqueda de la certeza, de una base segura para el conocimiento*”. Esto, porque los mismos “datos” observables están impregnados de teoría, y las afirmaciones generales admiten un sinnúmero de consecuencias que nunca pueden ser comprobadas de modo completo. Para él, nunca será posible *demostrar la verdad* de los enunciados; sin embargo, es posible refutarlos. Desde la asimetría lógica entre la verificación y la falsación, Popper propone su “*criterio de demarcación*”: una teoría, para ser considerada científica, debe ser tal que se puedan deducir consecuencias contrastables con la experiencia. Si esta entra en conflicto con la teoría, se puede afirmar que la teoría es falsa. Esta propuesta popperiana no entra el terreno de la certeza, y explícitamente el autor la plantea como “*una propuesta para un acuerdo o convención: admito*

abiertamente que para llegar a mis propuestas, me he guiado en última instancia por juicios de valor y por predilecciones”. En resumen, para Popper el método de la ciencia sería el método de “ensayo y error”, o como el prefería plantearlo, de “conjeturas y refutaciones”.

El tema específico de la relación entre psicoanálisis y ciencia es analizado por Popper en el siguiente texto: *“Las dificultades conectadas con mi criterio de demarcación son importantes pero no deben exagerarse. Es vago, ya que se trata de una regla metodológica, y dado que la demarcación entre la ciencia y la no-ciencia es vaga. Pero es lo suficientemente nítido para separar entre muchas teorías físicas por un lado, y otras teorías metafísicas tales como el psicoanálisis o el marxismo (en su forma presente) por la otra. Esta es por supuesto una de mis tesis principales; y nadie que no la haya comprendido puede decir que comprendió mis teorías.*

La situación con el marxismo es, incidentalmente, muy distinta de aquella con el psicoanálisis. El marxismo fue una teoría científica: predijo que el capitalismo llevaría a una miseria creciente, y luego a través de una revolución más o menos suave, al socialismo; predijo que esto sucedería primero en los países técnicamente más desarrollados y predijo que la evolución técnica de los medios de producción llevaría al desarrollo social, político e ideológico, más que la situación inversa. Pero la así llamada revolución socialista apareció primero en uno de los países técnicamente retrasados. Y en vez de que los medios de producción produjeran una nueva ideología, fue la ideología de Lenin y Stalin la que Rusia utilizó para acelerar su industrialización (“El socialismo es la dictadura del proletariado más la electrificación”), promoviendo así nuevos desarrollos en los medios de producción. Así, uno podría decir que el marxismo fue alguna vez una ciencia, pero una tal que fue refutada por los hechos que chocaron con sus predicciones, tales como los que acabo de mencionar.

Sin embargo, el marxismo ya no es más una ciencia, porque rompió la regla metodológica de que debemos aceptar la falsación, y se inmunizó en contra de las refutaciones más evidentes de sus predicciones. Desde entonces, solo puede ser descrita como una no-ciencia sino como un sueño metafísico, si ustedes quieren, casado con una cruel realidad.

El psicoanálisis es un caso muy diferente. Si bien es una metafísica psicológica muy interesante (que indudablemente tiene algo de verdad en ella, como sucede a menudo con las ideas metafísicas), no fue nunca una ciencia. Pueden haber muchas personas

que sean casos freudianos o adlerianos: Freud mismo era claramente un caso freudiano, y Adler un caso adleriano. Lo que previene sus teorías de ser científicas en el sentido aquí descrito, es simplemente, que no excluyen ninguna conducta humana físicamente posible. Cualquier cosa que alguien pueda hacer es en principio explicable en términos freudianos o adlerianos. (El quiebre de Adler con Freud fue más adleriano que freudiano, pero Freud nunca lo miró como una refutación de su teoría).

Este punto es muy claro. Ni Freud ni Adler excluyen que ninguna persona actúe de ningún modo particular, independientemente de las circunstancias externas. Sea que un hombre sacrifique su vida para rescatar a un niño ahogándose (un caso de sublimación), o que ahogue a un niño ahogándolo (un caso de represión), ambas conductas no podrían ni ser predichas ni excluidas por la teoría de Freud; la teoría es compatible con todo lo que pudiera suceder, aún sin un tratamiento especial de inmunización.

Así, mientras que el marxismo se hizo no científico al adoptar una estrategia de inmunización, el psicoanálisis fue inmune desde la partida, y permaneció así. En contraste, la mayoría de las teorías físicas son originalmente libres de tácticas inmunizantes y altamente falseables. Como regla, excluyen una infinidad de posibilidades concebibles.

El principal valor de mi criterio de demarcación es por supuesto, el apuntar a esas diferencias. Y esto me llevó a la teoría de que el contenido empírico de una teoría podía ser medido por el número de posibilidades que ésta excluía, dado que no hubiera adoptado una estrategia inmunizante” (Popper, 1974).

En resumen, Popper colocó sostenidamente en sus escritos al psicoanálisis entre los intentos fallidos de aplicar un pensamiento científico a un tema complejo, el de la mente humana. El considerarlo una pseudo-ciencia, más que una proto-ciencia, se liga con lo amplio de sus postulados teóricos, y la dificultad de falsearlos. El principio del placer explica prácticamente cualquier conducta humana, así como el complejo de Edipo será ubicuo en cualquier caso clínico, dada las múltiples configuraciones que puede tomar. La dificultad de probar aquellos puntos de vista erróneos no significa, sin embargo, y aquí está la falla de Popper, que el psicoanálisis no haya avanzado y reemplazado muchos de los postulados iniciales freudianos, como lo muestran el cambio de visión con respecto al género femenino, o bien con respecto al propio complejo de Edipo: las

corrientes kleinianas, por ejemplo, le han dado mayor importancia a los desarrollos tempranos previos a los conflictos triangulares típicos que Freud describió.

Kuhn y el paradigma psicoanalítico

El físico Thomas Kuhn desencadenó un cambio importante en la filosofía de la ciencia en 1962, al publicar su ya clásico *La estructura de las Revoluciones Científicas*. Kuhn también partió influenciado por el pensamiento neopositivista, y en el hecho la primera edición de su libro formó parte del *opus magnum* del Círculo de Viena, la Enciclopedia Universal de la Ciencia Unificada; pero luego derivó a su propia aproximación, que es fundamentalmente histórico-sociológica. Describe como se forman realmente las teorías científicas, como se aceptan y luego se descartan, analizando como los grupos científicos realizan la por él llamada “ciencia normal”, como las comunidades científicas, más que un proceso lineal y acumulativo, aceptan paradigmas y construyen alrededor de éstos hasta que nuevos paradigmas los reemplazan. La “*ciencia normal es el tipo de actividad científica que se da cuando una comunidad científica admite determinadas teorías sin discusión; entonces, los científicos se esfuerzan por estudiar y resolver problemas concretos a la luz de esas teorías*” (Kuhn, 1962). La actividad de la ciencia normal es una especie de resolución de rompecabezas (“*puzzle solving*”), ya que no se plantean cuestiones básicas acerca de las teorías utilizadas, sino solamente cuestiones concretas dentro del ámbito de esas teorías: como encajar las piezas del *puzzle* dentro del ámbito de una teoría generalmente aceptada. Dentro de este contexto, introdujo Kuhn su concepto de *paradigma*, para expresar el marco conceptual admitido, las teorías básicas que no se someten a discusión y que marcan la pauta de las discusiones científicas “normales”. El progreso científico es explicado por Kuhn, a diferencia de Popper, en gran medida por la existencia de la ciencia normal: el hecho de que los científicos admitan colectivamente un paradigma que no se discute, hace posible que se concentren en la resolución de problemas concretos de modo sistemático, dando lugar a un avance que de otro modo no se produciría.

Cuando en la ciencia normal se encuentran problemas que no se logran resolver, puede tener lugar la *ciencia extraordinaria*, o sea la actividad en la que se buscan nuevas teorías generales capaces de solucionar las crisis. Las revoluciones científicas serían los procesos por los cuales se revisan los paradigmas imperantes. En palabras de Kuhn: “*las revoluciones científicas se consideran aquí como aquellos episodios de*

desarrollo no acumulativo en que un antiguo paradigma es reemplazado, completamente o en parte, por otro nuevo o incompatible” (Kuhn , 1962). A diferencia de Popper, Kuhn piensa que un nuevo paradigma no se admite única o principalmente a partir de argumentos lógicos, ya que lleva consigo una nueva visión de la naturaleza, y por lo tanto no puede compararse con el antiguo paradigma. Kuhn habla en este sentido de la *incomensurabilidad* de los paradigmas, o sea de la imposibilidad de compararlos mediante un criterio común. Las revoluciones científicas representan un cambio en el “concepto del mundo” y por lo tanto él afirma que la *“competencia entre paradigmas no es el tipo de batalla que pueda resolverse por medio de pruebas”* (Kuhn, 1962). Lo que para él sucede es que *“quienes proponen los paradigmas en competencia practican sus profesiones en mundos diferentes”* (Kuhn, 1962). Llega Kuhn a utilizar el término “conversión” para explicar como llegan los científicos a admitir un nuevo paradigma, y no deja de advertir (citando al famoso físico Max Planck, pionero de la revolución de la física cuántica), que una nueva verdad científica llega a triunfar frecuentemente no porque sus adversarios se rindan ante las pruebas, sino porque esos adversarios mueren y surge una nueva generación de científicos que llegan a admitirla.

Kuhn es más un historiador de la ciencia que un analista de su lógica, como lo es Popper. Para Kuhn, la ciencia más que una teoría lógica, es una actividad de un grupo humano. Se centra tanto en la ciencia normal, cotidiana como en los momentos heroicos en los que se gestan las revoluciones. Las nociones de paradigma y de comunidad científica se reclaman mutuamente: un nuevo paradigma genera una nueva comunidad.

Kuhn describe una primera etapa, pre-paradigmática, con investigadores aislados, cada uno describiendo sus métodos propios desde cero, enfrentando individualmente las cuestiones fundamentales. Cuando surge un paradigma que despeja éstas, empieza la ciencia normal. En ésta existe un lenguaje de iniciados, publicaciones especializadas y un trabajo habitual en el cual se analizan múltiples acertijos, buscando como funciona allí el paradigma.

Quienes comparten un paradigma se sujetan a ciertas normas para la práctica científica madura de éste. Ellos en general no cuestionan su paradigma: este se comparte y no se refuta. Señala que es investigable dentro de sus proposiciones: no se puede salir de su cancha de juego. Si cada teoría es una promesa de éxito, la ciencia normal es el cumplimiento de dicha promesa. La ciencia normal realiza investigación fáctica, que estudia los hechos relevantes de la teoría, otras consecuencias empíricas de ella, y

extensiones que articulan la teoría con otras, por ejemplo. La investigación teórica, por otra parte, usa la teoría para esclarecer información fáctica valiosa, y para manipular la misma teoría.

El paradigma contiene un cuerpo de teorías aceptadas en común, así como un conjunto de aplicaciones donde la teoría funciona. El concepto de paradigma incluye realmente dos nociones: (1) *conjunto de creencias compartidas por una comunidad científica*, que comprende los enunciados explícitos de leyes científicas y sus conceptos, en forma de *generalizaciones simbólicas*. En este nivel se llega a compromisos de nivel cuasi-metafísico (i.e. el *mecanicismo filosófico* que involucraba la física cartesiana). La noción uno de paradigma es pues una **matriz disciplinar**. (2) Las reglas no están en el centro de lo que comparte el grupo de científicos. Aparece acá relevada centrada la praxis cotidiana, en la línea de la *tekné* de Aristóteles en su *Ética Nicomaquea*. La formulación de reglas es *derivativa*. El paradigma no es el conjunto de reglas sino la aplicación de éstas. Cuando surge la discusión acerca de las reglas significa que el paradigma está entrando en crisis: está en problemas.

Los paradigmas básicos de una comunidad científica son ejemplificados por ilustraciones que se repiten en los textos habituales. El sentido de los conceptos se repite en sus aplicaciones. Así se mantiene este sentido en sus aplicaciones. Las revoluciones científicas son “*episodios de desarrollo no acumulativo en las que un antiguo paradigma es reemplazado en parte o completo por un nuevo paradigma incompatible con el anterior*” (Kuhn, 1962). Los paradigmas nunca resuelven todos los problemas. Pero cuando los problemas se acumulan, el paradigma entra en crisis. La ciencia normal usa sus paradigmas para resolver problemas. Cuando el ajuste repetidamente no funciona, surge una inseguridad con cada fracaso persistente.

Lo característico de la revolución científica es el reemplazo de una teoría por otra: aparece un paradigma alternativo, que genera una nueva comunidad que intenta reemplazar a la cohorte previa. La ciencia normal no cuestiona sus paradigmas, pero acumula anomalías y acertijos no resueltos, que hacen que en cierto momento el paradigma entre en crisis. Cae sólo cuando surge otro paradigma, que da cuenta de las anteriores anomalías de una mejor manera. No se desecha un paradigma en general hasta que no surge otro en su reemplazo, y en general también los nuevos paradigmas surgen como respuesta a las crisis.

Los científicos que tienen paradigmas diversos viven en mundos distintos: las diferencias de comprensión de la realidad son inconmensurables entre sí: siendo así muchas veces el diálogo entre científicos de diversos paradigmas un diálogo de sordos. En general las revoluciones científicas fructifican con cambios generacionales, en los que surge una nueva comunidad científica agrupada alrededor del nuevo paradigma.

Kuhn se refiere específicamente al status del psicoanálisis en el siguiente texto, en el que analiza sus diferencias con Popper:

“Para evitar controversias contemporáneas que no vienen al caso, prefiero examinar la astrología en lugar de, digamos, el psicoanálisis. El de la astrología es el ejemplo de “seudociencia” citado más frecuentemente por sir Karl. Este afirma: ‘Haciendo sus interpretaciones y profecías en forma suficientemente vaga, los astrólogos pudieron justificar cualquier cosa que hubiese constituido una refutación de la teoría si ésta y las profecías hubiesen sido más precisas. Para evadir la refutación, destruyeron la posibilidad de someter a prueba la teoría’”. En estas generalizaciones, se capta algo del espíritu de la actividad astrológica. Pero, tomadas literalmente, como debiera hacerse para que brinden un criterio de demarcación, son imposibles de sostener. Durante los siglos que gozó de una reputación intelectual, la historia de la astrología registra muchas predicciones que fallaron categóricamente. Ni siquiera los astrólogos más convencidos ni sus defensores más vehementes dudaron de la recurrencia de tales fracasos. Pero la astrología no puede ser eliminada de las ciencias por la forma en que fueron eliminadas sus predicciones.

Tampoco puede ser descartada por la forma en que sus practicantes explicaron el fracaso. Los astrólogos señalaron que, por ejemplo, a diferencia de las predicciones generales acerca de, digamos, las tendencias de un individuo o una calamidad natural, la predicción del futuro de un individuo era tarea inmensamente compleja, que exigía la suprema destreza y que era tarea inmensamente sensible a los errores menores contenidos en los datos. La configuración de las estrellas y los ocho planetas estaban cambiando constantemente; las tablas astronómicas empleadas para calcular la configuración en el momento del nacimiento eran imperfectas notoriamente: pocos hombres sabían el instante de su nacimiento con la precisión necesaria. ¿Qué de sorprendente tiene que fallaran frecuentemente las predicciones? Sólo después de que la propia astrología se volvió implausible, estos argumentos vinieron a encerrarse en un círculo vicioso. Hoy en día, se esgrimen argumentos por el estilo para explicar, por

ejemplo, los fracasos en la medicina o en la meteorología. En época de problemas son empleados también en las ciencias exactas, en campos tales como la física, la química y la astronomía. La forma en que los astrólogos explicaron sus fracasos no fue nada acientífica.

Pero la astrología no era una ciencia. Se trataba más bien de un oficio, una artesanía, algo parecido a la ingeniería, la meteorología y la medicina, tal como se practicaron estas actividades hasta hace poco más de un siglo. Se parece mucho, creo, a la medicina antigua y al psicoanálisis contemporáneo. En cada uno de estos campos, la teoría compartida era adecuada sólo para establecer la plausibilidad de la disciplina y para fundamentar las reglas empíricas que gobernaban la práctica. Estas reglas resultaron útiles en el pasado, pero ninguno de sus practicantes supuso que bastarían para impedir el fracaso recurrente. Se deseaban una teoría más articulada y reglas más útiles, pero habría sido absurdo abandonar una disciplina plausible y de lo más necesaria, con una tradición de éxito limitado, sencillamente porque estos deseos no se pudiesen cumplir todavía. Faltando tales elementos, sin embargo, ni el astrólogo ni el médico podían hacer investigación. Aunque tenían reglas que aplicar, no tenían acertijos que resolver y por consiguiente, tampoco ciencia que practicar.

Compárese la situación del astrónomo, con la del astrólogo. Si la predicción de un astrónomo fallaba y este verificaba sus cálculos, aún tenía la esperanza de enderezar la situación. Quizá los datos fuesen incorrectos: podían reexaminarse las observaciones antiguas y hacerse mediciones nuevas- tareas que planteaban toda una variedad de problemas de cálculo y del funcionamiento de los instrumentos. O quizá hubiese ajustes a la teoría, arreglando los epiciclos, las excéntricas, los ecuantas, etc., o bien haciendo reformas fundamentales a la técnica astronómica. Al astrólogo, en cambio, no se le presentaron estos acertijos. Podía explicarse el acontecimiento de fracasos, pero los fracasos particulares no daban lugar a acertijos de investigación, pues ningún hombre, por diestro que fuese, podía emplearlos en un intento constructivo de revisar la tradición astrológica. Había muchas posibles fuentes de dificultad, la mayor parte de ellas más allá de los conocimientos, el control o la responsabilidad del astrólogo. Por eso, los fracasos individuales no arrojaban información nueva, como tampoco, a los ojos de los colegas, se reflejaban en la competencia del pronosticador. Aunque regularmente el astrónomo y el astrólogo se daban en una misma persona, por ejemplo Tolomeo, Kepler y Tycho Brahe, nunca existió el equivalente astrológico de la

tradición astronómica de solución de acertijos. Y, sin problemas que pusiesen a prueba el ingenio del individuo, la astrología no podía convertirse en una ciencia, aun cuando las estrellas hubiesen controlado efectivamente el destino humano.

En suma, si bien los astrólogos hicieron predicciones susceptibles de ser sometidas a prueba y reconocieron que a veces fallaban tales predicciones, no trabajaron en la clase de actividades que caracterizan normalmente a todas las ciencias reconocidas. Tiene razón sir Karl cuando excluye a la astrología de las ciencias” (Kuhn, 1962).

En el caso del psicoanálisis, Kuhn repite entonces la crítica popperiana de que se trata de una pseudo-ciencia, si bien no quiere polemizar directamente acerca del psicoanálisis, lo hace indirectamente en su comparación entre la astrología y la astronomía. Hoy muchos psicólogos aceptarían la visión popperiana diciendo que algunas aproximaciones psicológicas, o las de la neurociencia cognitiva, corresponden a la astronomía. A la inversa, es para nosotros claro que la visión psicoanalítica implicó una revolución científica en el sentido de Kuhn, al pasar de la psicología racionalista clásica hacia la psicología dinámica analítica. Tal como lo describe Kuhn, por otra parte, más que convencer a los psicólogos con la certeza o veracidad de sus descubrimientos, Freud formó un grupo independiente de médicos y otros seguidores que se interesaron y difundieron su pensamiento, primero en el continente europeo y luego en el mundo anglosajón y las Américas. Tal como lo muestra Kuhn, posteriormente surgen otros paradigmas, dentro o lateralmente al modelo freudiano, tales como los formulados por Melanie Klein y Jacques Lacan, quienes más que convencer a los freudianos comienzan a entrenar a sus propios discípulos en la terminología que ellos han ideado, en vez del lenguaje clásico. Conforman, por lo tanto, comunidades científicas diversas, y se mueven, si utilizamos el segundo concepto de Kuhn, en un paradigma diverso.

Kuhn volvió sobre el tema de la relación entre paradigma y comunidad científica, señalando que *“un paradigma es lo que los miembros de una comunidad científica, y sólo ellos, comparten. A la inversa, es la posesión de un paradigma común lo que constituye una comunidad científica. Durante el período de “pre-paradigma”, los profesionales de una ciencia están divididos en varias escuelas rivales, cada una de las cuales proclama su capacidad para el mismo asunto, pero cada una de ellas también enfocándolo de manera diferente. A esta etapa de desarrollo sigue una transición, relativamente rápida, de ordinario como secuela de un avance científico notable, hacia*

un período llamado posparadigma, caracterizado por la desaparición de todas o casi todas las escuelas, cambio que les permite a los miembros de una comunidad científica una conducta de gran eficacia profesional” (Kuhn, 1982).

La tesis de Kuhn es, repetimos, histórico-sociológica. Enfatiza en el mismo artículo: *“La mayoría de los científicos profesionales responden de inmediato a preguntas acerca de sus afiliaciones a una comunidad, dando por descontado que la responsabilidad de las diversas especialidades y técnicas de investigación actuales se distribuye entre grupos de una membresía más o menos determinados. Una comunidad científica se compone, desde este punto de vista, de los profesionales de una especialidad científica. Unidos por elementos comunes y por educación y noviciado, se ven a sí mismos, y los demás así los ven, como los responsables de la lucha por la consecución de un conjunto de objetivos compartidos, entre los que figura la formación de sus sucesores. Tales comunidades se caracterizan por la comunicación, casi completa dentro del grupo, y por la unanimidad relativa del juicio grupal en asuntos profesionales. En grado notable, los miembros de una comunidad dada habrán absorbido la misma literatura y extraído lecciones semejantes de ella. Como la atención de comunidades diferentes se enfoca en asuntos diferentes, la comunicación profesional entre grupos es bastante difícil, a menudo da lugar a malentendidos, y si persiste origina desacuerdos importantes”*(Kuhn, 1982).

Volvemos acá a la pregunta: ¿Está el psicoanálisis en una etapa pre- o posparadigmática? La existencia de múltiples escuelas rivales y la falta de un paradigma compartido haría inclinarse por lo primero. Hoy es difícil ver una comunidad afiatada en el sentido descrito por Kuhn, ya que las escuelas rivales difieren en lenguaje, en teorías, en prácticas. La vuelta a Freud preconizada por Lacan ha terminado en múltiples escisiones entre los diversos grupos seguidores de este autor. La crítica lacaniana a la Asociación Psicoanalítica Internacional, que mantiene el corpus freudiano como el centro de su doctrina, es que se ha transformado en una “institución total” en el sentido de Goffman, que forma a sus miembros, los mantiene en su práctica confiriéndoles un título que puede retirarles si no actúan de acuerdo a sus principios, y que muchas veces les proporciona una estrategia de supervivencia, como es el caso de los analistas didactas, que viven de sus analizados. El tema de la formación común de los analistas es otro elemento que implicó unidad por mucho tiempo, al aceptarse que el título era conferido sólo por los institutos reconocidos por la Asociación Internacional.

Nuevamente esto varió con la aparición cada vez más frecuente de analistas formados por el sistema lacaniano, que no reconoce la primacía de esa organización en el entrenamiento de estos profesionales.

Conclusiones

El tema del lugar científico del psicoanálisis no queda necesariamente más claro después de revisar las ideas generales de los dos principales filósofos de la ciencia en el siglo que acaba de terminar. Es interesante señalar que ambos tomaron al psicoanálisis como un caso digno de estudio; aunque llega más nítidamente Popper que Kuhn a un juicio adverso al respecto, es decididor al reconocer su influjo en la cultura contemporánea, que exista controversia con respecto a su legitimidad. La consideración de la ciencia tal como funciona en la realidad, lleva a Kuhn a una idea de la racionalidad científica que se encuentra muy alejada de las “verificaciones” o “refutaciones” o “confirmaciones” de las teorías científicas mediante argumentos puramente lógicos. En el hecho, se enfrentó a la visión tanto neopositivista como al racionalismo crítico de Popper, en un debate hoy famoso, en el Coloquio Internacional de Filosofía de la Ciencia realizado en Londres en 1965. En este “debate Popper-Kuhn”, el primero admitió que el segundo había señalado con acierto la existencia de la ciencia normal, pero identificó esta con una práctica científica rutinaria que debería desaparecer: la ciencia debe cultivar siempre la actitud crítica o racional (Artigas, 1994). Para Popper la *“ciencia normal, en el sentido de Kuhn, existe. Que sea un fenómeno que a mi no me guste (porque lo considero un peligro para la ciencia) mientras que a él al parecer no le disgusta (porque lo considera normal) es otra cuestión. Para mí, el científico normal, tal como Kuhn lo describe, es una persona a la que habría que compadecer. En mi opinión, al científico normal se la ha enseñado mal. Como consecuencia ha llegado a ser lo que puede llamarse un “científico aplicado”, en contraposición a lo que yo llamaría un “científico puro”* (Popper en Lakatos-A, 1975).

Si uno sigue esa última reflexión de Popper, llega al debate entre los practicantes del psicoanálisis clínico y los partidarios de la investigación empírica en psicoanálisis. Los primeros no tienen dudas acerca de la legitimidad de su quehacer, y se ven como miembros de una comunidad científica que cumple con las descripciones del paradigma kuhniano para las ciencias, en su segunda acepción: en términos aristotélicos tienen una práctica, una *tekné* que dominan y que les permite un quehacer significativo. Por otra

parte, los interesados en la teoría analítica se plantean la pregunta realista por la verificabilidad de los supuestos del sistema, es decir, se cuestionan acerca la existencia de hechos afuera que puedan ser verificados. Este es el grupo que puede ser afectado por la tesis popperiana de la imposibilidad de falsear las afirmaciones analíticas. En este sentido, Popper fue realista, al señalar que la ciencia avanza hacia una mejor comprensión crítica de los elementos externos de la realidad. Kuhn, por el contrario, introduce una metáfora evolucionista, según la cual habría que prescindir definitivamente de considerar el avance de la ciencia como avance hacia una verdad plena, lo mismo que Darwin prescindió en su teoría de la evolución de que existiera un final hacia el que se dirigiera el proceso evolutivo. En ese sentido, el éxito de los esfuerzos analíticos por profundizar en los principios y bases de su ciencia no tendrían sentido, ya que no existiría una naturaleza humana como tal, una esencia de lo humano. Si Freud comenzó kantiano, hoy sería anti-realista, y estaría más cerca de la tesis final de Kuhn que la de Popper.

En suma, el éxito o el ocaso del psicoanálisis, más que de la verdad de sus aseveraciones acerca del mundo interno o de la naturaleza, dependerá de su evolución como movimiento sociológico. Es aquí donde las vicisitudes sociológico-históricas tienen mayor importancia hoy día.

Resumen

Este trabajo intenta ser una aproximación al desarrollo histórico del movimiento psicoanalítico desde la perspectiva de la filosofía de la ciencia, rama de la epistemología que tuvo importantes desarrollos a lo largo del siglo XX. La discusión acerca la base científica del psicoanálisis es antigua, y ya en tiempos de Freud se discutió su raíz epistemológica. Se abordará este tema planteándonos la pregunta primero desde la filosofía y luego aplicándola al quehacer psicoanalítico. Desde esta mirada deliberadamente extra-analítica, importantes filósofos del siglo pasado se preguntaron si el psicoanálisis era una ciencia o una pseudociencia. En este artículo nos referiremos en particular a dos de ellos, Karl Popper y Thomas Kuhn, exponiendo sus principales postulados con respecto al análisis crítico de la ciencia en el primero y las características del avance científico en el segundo, enmarcándose en lo que ha sido el problema de la ciencia en la tradición filosófica de Occidente desde una perspectiva histórica. Después de citas extensas en que ambos autores usan al psicoanálisis como metáfora de la

seudociencia, finalmente se reflexionará sobre estos argumentos aplicados al psicoanálisis.

Abstract

This paper attempts to approach the historical development of psychoanalysis from the perspective of philosophy of science, a branch of epistemology that developed strongly throughout the XXth century. The concern about the scientific basis of psychoanalysis is old; even in times of Freud its epistemological basis was argued about. The issue is dealt with first from philosophy and then applying it to what psychoanalysts do. From this purposely extra-analytic viewpoint, important philosophers of last century posed the question of psychoanalysis as science or pseudo- science. We focus on two of them, Karl Popper and Thomas Kuhn, summarizing his critical analysis of science in the first case and the characteristics of scientific advancements in the second one. We take a historical perspective about science in the Occidental philosophical tradition, and quote extensively both authors when they use psychoanalysis of a case of a bogus science. We end up reflecting about the application of their views to psychoanalytic practice.

Descriptores: PARADIGMA / INVESTIGACIÓN / PSICO-
ANÁLISIS / FILOSOFÍA / CIENCIA /
SOCIOLOGÍA /

Descriptor propuesto: MOVIMIENTO PSICOANALÍTICO /

Autores-tema: Kuhn, Thomas S. / Popper, Karl R. /

Bibliografía

- ARTIGAS, M. El Desafío de la Racionalidad. Pamplona, EUNSA, 1994.
- FLORENZANO, R. “Freud, Realidad Externa y Creatividad”. Rev. Colombiana de Psicoanálisis, 23; 1998; páginas 44-55.
- KUHN, T. La Estructura de las Revoluciones Científicas. Madrid, Tecnos, 1962.
- KUHN, T. “La Tensión Esencial”. En: Estudios Meta-Históricos, México, DF, Fondo de Cultura Económica, 1982.
- LANDER, R. Lacan y la Propuesta Estructural. En: Asociación Psicoanalítica Chilena, Santiago, Octubre, 2000, Mimeografiado.
- POPPER, K. La Lógica de la Investigación Científica. Madrid, Tecnos, 1964.
- POPPER, K. Conjectures and Refutations. The Growth of Scientific Knowledge. Londres, Routledge, 1989.
- POPPER, K. “La Ciencia Normal y sus Peligros”. En: Lakatos- A I, La Crítica y el Desarrollo del Conocimiento, Barcelona, Grijalbo, 1975.
- POPPER, K. Búsqueda sin Término: una Autobiografía Intelectual. Madrid, Tecnos, 1977.
- ROUDINESCO, E. Lacan: Esbozo de una Vida, Historia de un Sistema de Pensamiento. México, Fondo de Cultura Económica, 1994.